

Julio Forniés Gancedo

NO LOS MALOS

¿Nunca has sentido, al ser castigado y obligado a sentarte en la primera fila, cerca del <<empollón>> de la clase, que desde allí las cosas se aprenden mejor? Como si en la atmósfera hubiese algo misterioso que te impulsase a ser más ingenioso y perspicaz.

Te dirán que es porque estás más cerca de la pizarra y del profesor, o que en esa zona de la clase no te distraen con comentarios banales. Te dirán...

-1-

El sol de mediados de Junio lamía con sus lenguas de fuego los tejados del colegio. Eran las cuatro y media de la tarde de un viernes. Dentro de los edificios, una masa furiosa de chavales esperaba la señal para salir, ¡empezaba el fin de semana!

Afuera, tras la verja que delimitaba el centro, permanecían, como un aquelarre, cuchicheando, preparadas para enganchar a su presa según saliese, las madres de los más pequeños.

<<¡Trinn, trinn, trinn...!>>, la campanilla que marcaba el final de las clases y el principio del fin de semana rasgó la tórrida atmósfera. Como animales enfermos, los edificios regurgitaron su carga sobre el patio: una riada de pequeños seres. Vociferando, corriendo, saltando, escapaban en dirección a la puerta apretujándose cuerpo contra cuerpo para salir los primeros. Como camaleones, las madres alargaban su brazo y capturaban el alimento de sus preocupaciones.

Una vez en la calle, lo que era una masa homogénea de cuerpos se difuminaba y perdía su pista en todas direcciones. Todo el mundo se movía; en línea recta, en zigzag, de adelante a tras... todos menos tres muchachos de último curso (6º de EDUCACIÓN PRIMARIA), que se habían detenido a escasos metros de la salida.

-¡Mierda de calor! -se quejaba uno mientras se despegaba la sudada camiseta del pecho.

-¡Jodé...! como el profe no deja abrir las ventanas... -le acompañaba otro en sus quejas-. ¡Además que olía a muerto...!

Un extraño silencio se hizo entre los tres, luego, el que había hablado primero soltó:

-Seguro que cateo.

Los otros dos no dijeron nada, callaron con la mirada fija en el pavimento.

-¡Mierda de colegio! seguro que repito -se reiteró en sus quejas, esperando una réplica de sus amigos-. Necesitaría un puto milagro para pasar... -miró de soslayo al chico que había permanecido callado junto a ellos y concluyó con una risita cínica-: Y tú por el estilo.

El aludido, un muchacho más alto que los otros dos, siguió contemplando el suelo sin contestar.

-Tú sí que pasas, Julio -insistió en su demanda de conversación.

Julio, que, paradójicamente, se sentía incómodo con la idea de ser el único de los tres con posibilidad de promocionar a la E.S.O., contestó:

-No sé... tú sí que podrías pasar si te esforzases Isma, como ha dicho el profe... -enmudeció súbitamente al darse cuenta de con qué crueldad había excluido de esa posibilidad al alto-. Y tú también... -intentó arreglarlo; pero ninguno de los tres pensó, ni por un segundo, que aquello fuese verdad.

Ismael, que raramente dejaba escapar la posibilidad de ensañarse con alguien, no dijo nada y comenzó a caminar calle arriba.

Los tres anduvieron en silencio en dirección a sus casas. Por el camino, el alto sacó de uno de sus bolsillos un paquete de cigarrillos y se acomodó uno en la boca, hurgó de nuevo entre sus ropas, extrajo un mechero de plástico azul e hizo girar la ruedecilla ante su cara; <<¡chas!>>, la llama del encendedor bailó reflejada en sus ojos antes de prender el tabaco.

-Abría que quemar ese puto colegio –soltó a bocajarro, mientras escupía la primera bocanada de humo.

Su reacción no cogió por sorpresa a Julio e Ismael, que estaban acostumbrados a esas extrañas salidas de tono, lejos del constante mutismo y timidez del que solía hacer gala.

-Ya te digo, Alber –le contestó mecánicamente Julio, para demostrar que, a pesar de ser el único al que le iba medianamente bien en el colegio, también lo odiaba.

El silencio regresó de nuevo al grupo, que ya había llegado hasta la puerta de la casa de Julio: un coqueto chalet adosado, igual a todos los de la urbanización.

-Quemarlo, tío... –murmuró Ismael con la mirada perdida.

Los tres estaban ahora quietos.

-Quemarlo... –continuó, moviendo la cabeza de arriba abajo, afirmando-. ¡De puta madre! ¡Quememos el cole!

Julio y Alberto se miraron sin saber cómo reaccionar.

-Me piro –dijo al fin Julio, rompiendo el extraño clímax que se había formado. Abrió la puerta del patio delantero y cuando se disponía a entrar en la casa escuchó la voz de Ismael a su espalda.

-Quedamos en mi casa a la seis.

-Vale.

-2-

Eran las seis en punto cuando Julio llamaba al timbre de la casa de Ismael. Le abrió la madre, le echó un rápido vistazo y le indicó desdeñosamente con la mano que pasara.

-Están en su habitación –dijo dejando la puerta abierta y regresando al salón.

Julio subió de dos en dos la escalinata de la entrada y cerró la puerta tras de sí. Se descalzó en el recibidor y ascendió a saltos hasta la primera planta, abrió una de las puertas del pasillo en el que se encontraba y se metió, sin presentaciones previas, en la habitación de Ismael.

Alberto ya había llegado y estaba sentado sobre la cama. Junto a él, recostado en una silla de madera, le observaba el anfitrión.

-¿Qué hacéis? –preguntó Julio.

-Nada –le contestó Alberto.

-¿Echamos unos piques? –propuso Julio señalando algo a la espalda de Ismael.

Éste se encogió de hombros y miró de soslayo la mesa del ordenador.

-Me lo han prohibido.

-¡Mierda!

Los tres quedaron en silencio, pensando cómo ocupar la tarde con algún divertimento.

-Bueno... -arrancó Ismael- ¿quemamos el cole o qué?

Julio y Alberto no reaccionaron. Aquello que había parecido un simple comentario a la salida del colegio volvía a aflorar en la boca de Ismael; y los dos sabían qué pasaba cuando a Ismael se le metía una idea en la cabeza.

-Por mis cojones que yo no repito -se justificó.

-¿Estas de coña? ¿no? –le interrogó Julio, a pesar de que conocía la respuesta.

-No.

Alberto se mantenía al margen, mudo, como era en él habitual.

-Tú sí que lo quemarías ¿verdad Alber? –le señaló Ismael. Éste no contestó.

Julio, de pie junto a la puerta, empezó a temerse, como tantas otras veces, que se vería arrastrado por su falta de voluntad a hacer algún tipo de cosa que le acarrearía problemas. Siempre había algún secreto que guardar o algún sitio por el que no convenía pasar en una temporada, y siempre el que empezaba todo era Ismael.

Se quedó un segundo mirándole: una mata de pelo negro, corto y rizado coronaba su cabeza de piel morena flanqueada por dos grandes orejas de soplillo; una nariz fina y respingona y una boca que mantenía constantemente una mueca irreverente. Pero lo más temible eran sus verdes ojos, siempre moviéndose, inquietos, como si pensasen por sí mismos.

-Tendremos que planearlo –prosiguió Ismael.

Julio dirigió entonces su mirada hacia Alberto, que se encontraba inmerso en uno de sus acostumbrados silencios.

Alberto era un chico alto, delgado, de movimientos torpes; la cara alargada y unos pequeños ojos azules bajo un flequillo castaño. Parecía encontrarse continuamente ausente, como en estado de hipnosis. Encorvado, los codos apoyados sobre las rodillas, intervino.

-¿Cómo lo vamos a quemar?

Julio empezaba a asustarse. Aquella idea no era buena, nada buena; no era, ni mucho menos, como robar chicles en la tienda de dulces. Y lo peor es que la cosa parecía ir en serio, ¡los dos iban en serio!

-No creo... -intentó disuadirles.

-Lo he estado pensando y lo tengo todo planeado.

<<¡¿Todo planeado?!>>, pensó Julio <<¡Ay Dios!>>

-Quedamos mañana sábado-arrancó Ismael como si de un capitán se tratase hablando a sus soldados-, les decimos a nuestros padres que es el cumple de Alber... porque tus padres se van también este finde, ¿no? -Alberto asintió-, y decimos que dormimos allí. Esperamos a la noche, nos colamos en el cole y ¡zas! lo quemamos.

Los tres intercambiaron miradas.

-¿Todos de acuerdo?

Alberto balanceó la cabeza afirmando. Julio, impasible, comenzaba a sentir en su estómago la ya familiar sensación de <<problemas>>

-Tú sabes dibujar bien, Julio -le indicó Ismael dando por sentado su participación-. Dibuja un plano del edificio donde damos clases, del piso de abajo y del de arriba, donde están los despachos. Yo me encargaré de lo demás: gasolina, mecheros, linternas...

De pronto la puerta de la habitación se abrió bruscamente y los tres dieron un bote; era la madre de Ismael.

-¿Queréis merendar algo? -les preguntó.

-¡Sí! -contestó su hijo, que abandonó la silla para bajar, seguido de sus dos amigos, a la cocina.

-3-

Al día siguiente, sábado, Julio se levantó temprano de la cama y se sentó ante el escritorio. Arrancó una hoja en blanco del cuaderno de inglés y la plantó sobre la mesa. Cogió un lápiz del bote de chapa en donde los guardaba y se quedó unos segundos meditabundo. Acto seguido comenzó a dibujar un rectángulo con trazo fino y limpio. Se detuvo de nuevo, paseó el lápiz por encima de la hoja sin marcar nada, bocetando en su mente, y luego empezó a dibujar cuadrados dentro del rectángulo.

Media hora más tarde había terminado. Dobló la hoja dos veces, la guardó dentro de uno de los cajones del escritorio y bajó al salón a ver los dibujos animados.

A las tres, después de comer, recibió la llamada de Ismael.

-¿Se lo has contado ya a tus padres? –preguntó la voz al otro lado del hilo telefónico.

-No, ahora lo iba a hacer.

-A las seis en casa de Alber.

-Vale.

-Vale, hasta luego.

-Hasta luego –colgó el teléfono, se giró en redondo, y sintió de nuevo la familiar sensación en el estómago.

-¡Mama...!

-4-

A las seis, puntual como siempre, llamaba Julio a la puerta de la casa de Alberto. La casa de éste, a pesar de ser un chalet adosado de igual forma que los demás, poseía una atractiva peculiaridad: se encontraba pegado a la falda de un pequeño cerro que vigilaba y se alzaba por encima de toda la urbanización.

Alberto salió a recibirle y le invitó a pasar. Bajaron al sótano y allí se encontraron con Ismael, que jugaba de forma compulsiva al ordenador.

En la casa sólo estaban ellos, dado que los padres de Alberto se ausentaban con mucha frecuencia y además era hijo único.

-Te han dejado ¿eh? –dijo Ismael sin despegar la vista de la pantalla.

-Por un pelo, no sé si se lo han tragado.

Julio echó un vistazo alrededor: unas cuantas sillas, una mesa grande y baja que le llegaba por las rodillas en medio del sótano, y la mesa del ordenador; nada más, el mismo aspecto desangelado de siempre.

Un fino rayo de luz se filtraba por una alargada ventana casi pegada al techo, como un ojo entrecerrado que asomaba a ras de suelo hacia el exterior. A través de ella, Julio divisó tras el jardín de

la casa el pequeño monte en contraste con el azul del cielo.

Sacó de uno de los bolsillos de sus vaqueros una hoja doblada y la tiró sobre la mesa grande.

-¿Echamos unos piques? –dijo señalando al ordenador.

Las horas pasaron; los tres enfrascados en virtuales competiciones hasta que la luz artificial sustituyó a la que entraba por la ventana. En ese momento, mientras Julio y Alberto pugnaban cara a la pantalla, se oyó un ruido metálico a sus espaldas. Era Ismael depositando sobre la mesa una de las tres latas de gasolina que había traído.

-Manos a la obra –anunció con un rictus de maldad en la boca.

Los dos competidores siguieron jugando hasta concluir la partida, apagaron el ordenador y se acercaron a la mesa.

-He traído tres latas de gasolina –expuso Ismael señalando el arsenal que había ido dejando sobre la mesa-, tres linternas y tres mecheros –levantó la vista y miró a Julio, que le indicó con el dedo el papel doblado. Ismael lo cogió, lo desplegó y pasó la mano por encima para alisarlo-. El plano es cojonudo –alabó a Julio.

Los tres clavaron su mirada en la hoja, pensando, mas bien dudando, por primera vez, si aquello no estaba yendo demasiado lejos. Dos pensaron que no, uno que sí.

-Los despachos están aquí, en la segunda planta
-Ismael fue pinchando con el dedo los cuadrados que representaban las habitaciones-. Y aquí es donde guardan los exámenes, boletines...

-¡Eso es lo que hay que quemar! –saltó Alberto efusivamente. Julio le miró de reojo, intranquilo.

Un ruido en el piso de arriba les sobresaltó.

-Es mi abuelo –explicó Alberto encogiéndose de hombros-, suele pasear por las noches.

Julio e Ismael se miraron inquisitivamente. No sabían que Alberto viviese con su abuelo. Sin darle mayor importancia, prosiguieron con los preparativos.

-Saltaremos la valla –siguió Ismael- y entraremos por esta ventana. Está estropeada y no se puede cerrar, lo sé porque me han mandado castigado varias veces a esta clase. Debemos rodear el edificio por aquí, para no pasar por delante de la casa del conserje...

-5-

Eran las dos y media de la madrugada del domingo, cuando los tres partían, al abrigo de la oscuridad, rumbo al colegio.

Las mochilas que habían usado para llevar el pijama las utilizaron para portar cada uno una lata de gasolina, una linterna y un mechero. No se adivinaba una sola alma en la calle, a pesar de hacer una agradable noche de casi verano.

-Si hay algún problema, si pillan a alguien, acordaros de marcar memoria en el móvil para avisar a los otros y tenerlo en vibrador para que no nos oigan– dijo Ismael mostrando su teléfono. Alberto palpó el suyo aferrado a la cintura y Julio hizo lo mismo, recordando cómo su madre le había obligado a llevárselo por si ocurría alguna emergencia. Tal y como se estaban desarrollando las cosas, hubiese preferido estar ilocalizable.

Saltaron la valla ágilmente, y agachados, la mochila como un caparazón sobre sus espaldas, caminaron sigilosamente hasta el edificio central.

El colegio se componía de cuatro edificios separados entre sí: el de la guardería, el de infantil, la casa del conserje donde también se encontraban la biblioteca, el laboratorio y otras tantas aulas de usos

múltiples, y, finalmente, el edificio de primaria en donde pretendían colarse.

Pegados a la pared de ladrillos divisaron, a lo lejos, la luz encendida de la casa del conserje.

-Rodeemos por aquí para que no nos vea – susurró Ismael.

Dando la espalda a la luz, doblaron una de las esquinas del edificio. Justo cuando hacían esto Julio vislumbró por el rabillo del ojo cómo se apagaban las ventanas de la casa tras él. Pasaron frente a la puerta principal y volvieron a girar. El edificio, de forma rectangular, mostraba ahora una de sus fachadas largas.

Una por una fueron tanteando todas las ventanas.

-¡Ésta es! –anunció triunfalmente Ismael alzando la voz demasiado. Los tres quedaron unos segundos inmóviles. Nada, ni un ruido.

Lentamente corrieron la hoja de cristal.

-Yo paso primero y cojo las mochilas –dijo Ismael desembarazándose de su carga.

Julio y Alberto se quitaron también los bultos y se los pasaron a Ismael, que ya alargaba los brazos desde dentro del edificio.

Los tres en el interior de la clase, cerrada la ventana tras ellos por si al conserje se le ocurría pasar por ahí, las mochilas otra vez a sus espaldas, parecían empezar a darse cuenta de lo que iban a hacer.

Como alimañas nocturnas se deslizaron fuera del aula, enfilaron el pasillo y subieron por las anchas escaleras hasta el piso de arriba: el de los despachos.

-Hagamos el reguero hasta aquí –Ismael señaló el principio de la escalera con el haz de luz de su linterna.

El plan consistía en impregnar todos los despachos de gasolina y luego hacer unos regueros que saliesen de cada habitación, hasta juntarse en uno solo que desempeñase la función de mecha.

Se separaron y no habían apenas entrado cada uno en un despacho cuando un chasquido repicó en la oscuridad del edificio. Era la puerta principal. Los tres, cada uno en un despacho, apagaron ass linternas al unísono. Aguardaron en silencio.

Unos pasos solitarios se acercaron, en el piso de abajo, hasta las escaleras. Se detuvieron. Julio contenía el aliento, Ismael permanecía inmóvil, a la espera, y Alberto se meaba encima.

Quien fuese comenzó a subir las escaleras. Al llegar al descansillo se paró otra vez. Desde la puerta del despacho, Julio pudo ver cómo un cono de luz recorría el pasillo.

Justo cuando pensaba en abalanzarse tras el escritorio, la luz desapareció y el extraño descendió de nuevo al piso inferior.

-¡Mierda! –balbució Julio. Temblando todavía se acercó al umbral de la puerta y se asomó al pasillo. Dos cabezas más escudriñaban los alrededores.

-Yo me piro –susurró Julio, procurando que sólo sus amigos le oyesen.

-Sí, vámonos –convino Ismael.

Con un nudo en la garganta se juntaron y acercaron a la escalera. No se oía nada. Bajaron cautelosamente y vieron que la puerta principal se hallaba abierta de par en par.

Alberto, que parecía el más impresionado, quiso salir a toda prisa, pero unas voces en la penumbra le hicieron quedarse paralizado. Alguien se acercaba. Ismael agarró a Alberto por el brazo y los tres se hundieron de nuevo en la oscuridad del edificio. Las voces sonaban cada vez más cerca.

-¡Por aquí! –señaló Julio una de las clases.

Se metieron en el aula por cuya ventana habían entrado, se arrimaron al cristal y cuando fueron a abrirla una sombra pasó por el patio, junto a la fachada. Se agacharon y esperaron que, milagrosamente, no les hubiese visto.

-¡Al armario! –apremió Ismael.

Casi corriendo alcanzaron las puertas de madera, que se extendían a lo largo de toda una pared de la clase. Se metieron en el armario, cerraron la puerta, y aguardaron en la más absoluta negrura.

Las voces habían entrado ya en el edificio.

Julio escuchaba intentando mantener la calma. Parecía oírse a mucha gente, una gran cantidad de personas hablando entre ellas. Sin embargo, ni siquiera se preguntó qué haría tanta gente aquella

noche en el edificio. Su única preocupación era cómo salir de allí.

-El tiempo apremia –rezongó una voz que entraba en la clase, en contraste con la algarada general del pasillo. A Ismael le resultó familiar.

-Ya, me esfuerzo todo lo que puedo por que aprendan –se justificaba alguien. Julio e Ismael reconocieron esta última voz: era la de su tutor.

-Pues no es suficiente –le siguió recriminando la otra persona.

Alberto pareció despertar de uno de sus letargos y dijo con un susurro ahogado:

-Es el director.

Los dos hombres seguían dialogando.

-Esta semana les daré caña, aprenderán aun que no quieran –dijo el tutor.

-Eso espero –concluyó el director. Y ambos parecieron salir de la clase.

Afuera, por los pasillos, se oía el murmullo de mucha gente. Era un ruido hipnotizador y sedante, arrullador en la oscuridad del armario.

No había salida. Resignados, poco a poco, sin darse cuenta, las horas fueron pasando y lentamente, sin poder evitarlo, los tres se sumergieron en un profundo sueño.

<<¡Tirirorí, tirirorí, tirirorí...!>>, un penetrante ruido agudo les hizo despertar. Chocaron entre sí, desorientados, confundidos; a tientas lograron recordar dónde se encontraban.

<<Tirirorí, tirirorí...>>

-¡Mierda! –se oyó a Alberto.

-¿Qué?

-¿Qué pasa...?

<<Click>> el <<tirirorí>> dejó de sonar.

-¿Sí? –preguntó al vacío Alberto–. Un momento. Es tu madre, Julio.

Julio sintió como Alberto le tocaba en un brazo.

-Desvié las llamadas de mi casa al móvil –le susurró a modo de explicación.

En la oscuridad, Julio cogió el teléfono.

-¿Sí?

>>Bien...

>>No.

>>Ahora, dentro de un rato.

>>Vale.

>>Hasta luego.

<<Click>>

Ismael abrió la puerta del armario y la luz del día les obligó a entornar los ojos.

-Las once –anunció Julio mirando el reloj del móvil.

No parecía haber nadie en los alrededores. Sólo calma. Julio salió del armario, dio un par de pasos cortos hasta la puerta de la clase y se asomó: nada. En el suelo, tirado bajo el umbral de la puerta, un papelito amarillo le llamó la atención. Se agachó, lo recogió y notó como alguien le palmeaba en el hombro. Mientras se giraba guardó el papel en uno de los bolsillos de sus pantalones. Era Ismael.

-Vámonos –le dijo.

Ya en la calle, bajo el sol de la mañana, caminaban con la cabeza gacha y la mirada soldada al suelo.

-¿Qué hacemos con esto? –Julio señaló con el pulgar su mochila-. Si mi madre lo ve me mata.

-Para otra. Trae, que ya lo guardamos nosotros –le hizo pararse Ismael y pasarle la lata, la linterna y el mechero. Debajo de todo, bien doblado, aún estaba el pijama.

Avanzaron unos cuantos metros más, y al llegar a la casa de Julio éste se despidió y entró en ella tras llamar al timbre.

-Pero... ¡si estas guarrísimo!, ¿qué habéis hecho? –le preguntó su madre tras abrirle la puerta-. Anda, date un baño y baja luego la ropa.

Saludó a su padre y subió vertiginosamente las escaleras, sorteando a uno de sus dos hermanos –él era el mediano-. Se metió en el baño, abrió el agua caliente de la bañera y esperó a que saliese a su gusto mientras se desnudaba. Dejó la ropa sobre el bidé y puso el tapón en la bañera. Con un suspiro se metió en el agua y quedó anonadado, la mirada en dirección al techo, reconstruyendo en su mente la aventura que había vivido.

La puerta se abrió sacándole de sus ensoñaciones. Era su madre.

-Vengo a por la ropa.

-Ya la bajaba yo...

-Sí ¿cuándo, mañana? Tengo que poner la lavadora... ¡Julio! –su madre pareció enfadarse súbitamente-. ¡Te he dicho mil veces que vacíes los bolsillos cuando dejes algo para lavar!

En su mano se encontraba la cuartilla amarilla que había cogido en el colegio.

-¿Qué es esto...? Tonterías vuestras –dijo la mujer tras leer lo que ponía en el papel-. Aquí te lo dejo –y lo soltó sobre la banqueta-. ¿Has cogido ropa limpia?

-No –Julio miraba de reojo el papel. Temeroso de mover una sola ceja.

-¡Ay! ya te la traigo yo.

Se oyó a su madre alejarse por el pasillo, abrir un armario y urgar entre los cajones. Unos segundos más tarde le traía ropa limpia.

-¡Ala! –sentenció mientras la dejaba encima de la banqueta, sobre el papel.

Según se fue del baño y cerró la puerta, Julio salió del agua, se secó la mano en una toalla, y la enterró bajo el montón de ropa, agarró la cuartilla y la sacó.

¿Qué era aquello?. Lo leyó confuso. En el papel ponía:

INVITACIÓN PARA LA XXII REUNIÓN

PUNTOS A TRATAR:

1- EVALUACIÓN DE PROGRESOS

2- PROCEDIMIENTOS A SEGUIR EN EL DESARROLLO DEL PLAN MAESTRO

¿Plan maestro?, arrugó la nariz.

Se secó, se vistió y justo cuando se disponía a salir del baño oyó sonar el teléfono en el piso de abajo.

-¿Dígame? –escuchó la profunda voz de su padre en el salón-. ¡Julio! –elevó el tono.

-¡Ya voy!

Bajó las escaleras y cogió el auricular que le tendía el cabeza de familia.

-¿Sí?

-¿Te han pillado? –indagó, saltándose las presentaciones, Ismael.

-No –respondió mirando de sesgo a su progenitor, que repantigado sobre el sofá veía la televisión.

-Menos mal, a mí tampoco.

-¿Quieres quedar para después de comer?

-Vale. Llamo yo a Alber.

-Vale –Julio seguía vigilando a su padre, temeroso de que se le escapase algo inoportuno-. Tenéis que ver una cosa.

-¿El qué?

-Ya lo verás.

-Vale. Hasta luego.

-Hasta luego –colgó el teléfono y huyó del salón antes que le pudiesen preguntar nada.

-6-

-¿Plan maestro? –le preguntó Ismael enigmáticamente a Julio; éste se encogió de hombros-. ¿Y lo encontraste en el colegio, cuando nos íbamos?

Afuera, en el exterior, el cielo se había cubierto de negrísimas nubes. Dentro de la casa de Ismael comenzó a sonar el tamborilear de las primeras gotas de lluvia; un minuto más tarde diluviaba.

-¿Qué querrá decir este papel? –levantó Julio la intrigante hojita amarilla.

-Ni idea, y ni me importa –atajó Ismael las disertaciones de su amigo-. Lo que tenemos que hacer es volver a intentar quemar el puto cole.

-Sí, hay que quemar el puto cole –le secundó Alberto.

Julio suspiró, la mirada perdida entre las paredes de la habitación de Ismael; sólo el recordar la experiencia que había sufrido le ponía los pelos de punta.

-Yo paso –dijo moviendo negativamente la cabeza.

-¡No jodas! –le recriminó Ismael.

-Que paso, tío.

-¡Eres un puto cagao!

-¡Una polla! no nos pillaron por los pelos, es de gilipollas volver.

-Si nos pillan... -intervino Alberto-, si nos pillan nos echan, y ni siquiera nos dejarán repetir.

Aquella reflexión, tan cargado de lógica, no concordaba con la forma de pensar que sus dos amigos le conocían.

-¡¿Tú también te rajas?! -saltó Ismael.

-No sé... –Alberto se mostraba turbado. Como si su anterior razonamiento le hubiese dejado mentalmente agotado. Como si al empezar a pensar por sí mismo, hubiese descubierto todo un mundo de posibilidades, muchas posibilidades, infinitas posibilidades, demasiadas...

-Claro –Ismael se contuvo un momento venciendo su ofuscación-. Tu Julio pasas fijo y prefieres no jugártela... pero Alber ¡cojones! tu no pasas ni repitiendo.

Aquella flecha envenenada pareció desmotivar aún más a Alberto, que pensó que aceptar esa realidad iba en contra de su, ya de por sí, deteriorada autoestima.

-Mmm... –Alberto agachó la cabeza mientras negaba con ella.

-¡La ostia! –Ismael alzó los brazos- ¡Iros a tomar por el culo!

-¡Buah! me piro, tío –Julio se levantó de la cama en donde estaba sentado –si te pones así...

-Yo también –le siguió Alberto.

Las calles estaban encharcadas y seguía lloviendo a mares, pero eso no impidió a Julio y

Alberto marcharse a la carrera, intentando mojarse lo menos posible.

Ismael, aún en su habitación, mascullaba y daba algún que otro puntapié a las patas de su cama.

-¡Joder! -repetía farfullando entre dientes.

Sabía que el Lunes era la junta de evaluación – estaban a Domingo por la tarde-, y que para entonces ya nada se podría hacer.

-¡A la mierda! Lo quemó yo solo.

-7-

Ya había caído la noche y la lluvia, incansable, seguía golpeando los tejados de las casas.

Eran las doce de la noche cuando una sombra salía –escapaba- por la puerta principal de la casa de Ismael.

-Mmff... –bufaba el espectro mientras se acomodaba la mochila a la espalda.

Bajo la espesa cortina de agua caminó sin importarle el mojarse, hasta llegar a la valla del colegio. Fue entonces cuando tomó conciencia de que estaba empapado.

Se aseguró un instante de estar solo y saltó los barrotes, para dirigirse corriendo hasta el edificio de primaria. No había ni una sola luz encendida.

Entró por la ventana estropeada, la cerró tras él, y aguantó estático un momento, escuchando. <<Plic, plic, plic...>>, oía el goteo de sus calados pantalones, formando un charco a sus pies. Difuso, también se percibía el monótono murmullo de la lluvia, como un eco fantasmal.

Salió de la clase y se dirigió hacia las escaleras que conducían al segundo piso. Pero justo cuando se disponía a subirlas se frenó. Algo inconscientemente le alertó. Echó un vistazo a su alrededor y descubrió

qué era: la puerta de malla metálica que daba al sótano ¿estaba abierta!

En el sótano se encontraba el gimnasio, que, misteriosamente, había permanecido cerrado todo el año. Recordó entonces cómo los profesores respondían con evasivas siempre que algún alumno aludía a esta cuestión.

Otra cosa llamó su atención: cinco tubos, del grosor de un bote de lápices, salían del sótano y se extendían por todo el pasillo como gusanos. Ismael no había encendido todavía su linterna, pero pudo vislumbrar como tres de los conductos se perdían dentro de algunas clases y los otros dos subían, por las escaleras, al piso de arriba.

Un leve ruidillo, que le había pasado desapercibido con el fragor de la lluvia, captó su interés. Provenía de las clases del fondo del pasillo, en donde se introducían los tubos.

Se pegó a la pared que quedaba más en sombra y avanzó sigiloso hasta la puerta de una de ellas. Se agachó y a cuatro patas se asomó, como si de un asustado ratoncillo se tratase.

Dentro de la clase pudo ver a un hombre agarrando el extremo final del tubo que entraba en el aula. Parecía como si estuviese aspirando. Aspiraba las mesas, las sillas, el aire, la pizarra... todo. Igual que si estuviese dentro de una piscina, bajo el agua, vaciándola. Ismael creyó reconocer en la figura del extraño a su profesor de inglés.

En las otras dos clases del fondo del pasillo también parecían encontrarse personas realizando la misma tarea.

Bloqueado su miedo por una burbujeante curiosidad decidió ir a inspeccionar el gimnasio. Quemar el colegio, con tanta gente en él, resultaba de nuevo algo imposible; pero al menos intentaría descubrir qué extraños sucesos acaecían allí por las noches.

Se irguió y de puntillas recorrió la distancia que le separaba de la puerta del sótano. Asomó la cabeza y tanteó con el pie las escaleras que descendían. Poco a poco, con extrema cautela, bajó los peldaños intentando percibir cualquier tipo de ruido.

El chisporroteo de la lluvia se hacía cada vez más imperceptible a medida que se sumergía en las profundidades del edificio.

El <<tacatacata...>> del agua chocando contra el techo y las ventanas fue sustituido por un misterioso zumbido <<zzz...>>

Bajó el último escalón y esperó a que su vista se acomodara a la oscuridad; pero era imposible ver nada, se encontraba completamente entre tinieblas. No se oían voces, sólo el zumbido proveniente de algún punto cercano al centro del gimnasio.

Dio un paso adelante, tropezó con algo y cayó de bruces, deteniendo un poco el golpe con las manos.

Tirado en el suelo, dolorido, decidió encender la linterna, dando por sentado que de haber alguien ya se hubiese delatado. <<Click>>, el haz de luz descubrió

el objeto que le había hecho tropezar: uno de los cinco tubos que había visto adentrarse en el sótano. Ahora, iluminado, podía observarlo con mayor detalle. Parecía estar hecho de goma muy dura y era de color amarillo, igual a los tubos que había visto en algunas obras en carreteras. Lo siguió con la linterna y lo vio confluír, junto con los otros cuatro tubos, en una especie de peonza gigante, como un panal de abejas silvestres, manteniéndose en equilibrio sobre su punta.

Los cinco tubos convergían en esa extraña cosa y se adherían a ella dándole la apariencia de una mAlbersa, un pulpo, o cualquier otro bicho con tentáculos.

Permaneció un instante absorto contemplándolo, luego dirigió el cono de luz contra las paredes para inspeccionar la estancia: espaldas por todas partes, una montaña de colchonetas, un plinto, un potro... todo lo que un gimnasio solía tener, nada raro; excepto la extraña cosa de la que, había advertido, provenía el zumbido.

Alumbró la escalera a sus espaldas para asegurarse de seguir solo y a continuación se acercó a la gigantesca peonza. Casi llegaba al techo y desde la punta que tocaba el suelo, del perímetro de un balón de baloncesto, se abría como un torbellino hasta alcanzar en su parte alta un grosor equivalente al ancho de dos espaldas juntas. Parecía estar hecha de metal pintado de un rojo chillón. Sin duda era algún tipo de máquina, aunque no llegaba a comprender su función.

La rodeó y descubrió al otro lado un monitor incrustado en el cuerpo del artefacto, a una altura ligeramente más alta que la de su cabeza. De debajo de la pantalla salía un fino cable que llegaba hasta un ratón de ordenador sobre una mesa vulgar de aula; sin embargo, no había ninguna silla donde sentarse.

Ismael, eludiendo como siempre toda regla sobre cautela, acercó la mano y arrastró el ratón levemente sobre la mesa. De golpe, el monitor, antes en negro, se iluminó mostrando un <<menú>> en su pantalla. Lo leyó una vez repuesto del susto. En la parte de arriba, una barra, como las de energía en los videojuegos, se encontraba medio llena bajo la frase <<cantidad recolectada sobre la estimada necesaria>>. Bajo la barrita había dos rectángulos, como dos botones, donde se leía en su interior <<carga>> en uno de color azul, y <<descarga>> en otro de color rojo.

Paseaba el puntero del ratón por la pantalla mientras lo leía, imitando la acción de pasar el dedo sobre un libro para no perder el párrafo.

Sin querer -debió ser un espasmo- su dedo índice hundió el botón del ratón justo cuando se encontraba sobre el rectángulo rojo, donde ponía <<descarga>>. Por suerte no pasó nada. Escarmentado, decidió dejar tranquilo el ratón y seguir inspeccionando los alrededores. Pero de pronto, a su espalda, un agudo siseo le hizo apretar los dientes, los ojos oscilando nerviosos, temeroso de descubrir qué pasaba. Como un resorte se giró y alumbró el sitio de

donde provenía el silbido: la puerta del vestuario de chicos.

Atenazado por el miedo, pero impulsado por su exacerbada curiosidad, se acercó y abrió la puerta de par en par de un empujón. Asomó la cabeza y sus ojos parecieron quererle escapar de las órbitas. Dentro del vestuario flotaban millares de estrellitas azules que parecían surgir de una de las duchas, como las pavesas luminosas de un fuego artificial. Brotaban igual que el agua de una manguera. Cada vez más a medida que el silbido también se hacía más intenso. Algunas estrellas, que llevaban demasiado tiempo volando, parecían agotarse y desvanecerse. Pero eran aún más las lucecitas brillantes que nacían de la ducha que las que se extinguían.

La luz era por momentos más intensa e Ismael pudo ver cómo un cable, que no había advertido antes, pasaba junto a él por la puerta y llegaba hasta la ducha. El otro extremo del cable se adosaba a la base de la gran máquina.

El ruido se hizo demasiado intenso como para pasar desapercibido en los pisos superiores e Ismael decidió salir corriendo, mientras a su espalda las estrellas escapaban ya del vestuario para conquistar el gimnasio.

Conforme subía desenfrenadamente las escaleras, se percató de que el silbido se había detenido. Se paró un instante y observó como la luz azulada, que se hacía ahora visible desde la puerta que daba al sótano, se diluía lentamente hasta desaparecer.

Dejó que su corazón se tranquilizara pausadamente y luego salió a la carrera del edificio y saltó la valla del exterior sin ser visto por nadie.

-¡Pero bueno! –gritó la madre de Ismael-. ¡¿Todavía durmiendo, son ya las nueve y media pasadas?!

Ismael se despertó turbado y con el sueño de haber dormido pocas horas. Su madre le miraba inquisitivamente desde los pies de la cama.

-¡¿Y esta ropa?! –seguía clamando-. ¡Pero si está empapada!

Ismael temió, por un instante, que su escapada nocturna fuese descubierta.

-Vamos, ponte esto y vete corriendo –le ordenó mientras le sacaba del armario una camiseta y unas bermudas.

Ismael se vistió a toda prisa, se calzó las zapatillas y dejó a su madre en el piso de arriba preguntándose por qué estaba empapada la ropa de su hijo. Salió de casa y echó a correr.

No tardó ni dos minutos en llegar a la puerta del colegio, cerrada, y llamar al timbre. Esperó y apareció el conserje un rato más tarde. Aquel si que era un hombre extraño: bajito y escuálido, con una mirada que estaba diciendo constantemente: <<sé que tramas algo, muchacho>>, e incluso añadía: <<ni se te ocurra>>. Había aparecido este curso, tras la misteriosa desaparición del antiguo conserje en

verano, un tipo mucho más agradable y simpático que el que ahora le observaba, hurañamente, desde el otro lado de la valla.

-Tarde ¿eh? –le sermoneó secamente mientras introducía la llave en la puerta y la abría.

Ismael pasó fugazmente y se dirigió al edificio de primaria, cruzó la entrada principal y vaciló unos segundos antes de llamar a la puerta de la clase.

-¿Sí? –rezongó la voz de su tutor al otro lado.

Ismael abrió y se quedó en el umbral.

-Llego tarde –se excusó.

-Eso ya lo veo –le expelió una severa mirada que le heló la sangre-. Pasa.

Ismael se dirigió a su mesa.

-¿Y tu cartera? –le preguntó el maestro en un tono indescifrable.

Ismael deseó en ese momento que la tierra le tragase, hacerse invisible o desaparecer sin más. Pero nada de eso sucedió y no tuvo más remedio que aguantar las risotadas de sus compañeros.

-Ismael, Ismael... –repetía su profesor con aire cansino, como si dijese: <<¿qué voy a hacer con tigo?>>-. Siéntate, anda, que te deje alguien las cosas.

Ese alguien fue Alberto, su compañero de mesa. A su derecha, sentado junto a otro compañero, le contemplaba Julio. Se sentaban en la penúltima fila, casi al fondo de la clase.

-Ya era hora –se mofó Julio.

-Me dormí –le explicó Ismael encogiéndose de hombros.

La carrera le había hecho sudar y sentía un calor mortal. ¡Todas las ventanas estaban cerradas!

Fue a hablar con Alberto, pero éste, pasmosamente, se encontraba apuntando algo en su cuaderno. Escudriñó por encima de su brazo y quedó perplejo: ¡estaba resolviendo un problema de matemáticas!

-Alber...

-¿Qué? –contestó sin levantar la vista del cuaderno.

-¿Qué haces?

-¿No lo entiendes? –alzó la mirada.

-¿Qué...?

-¿Te lo explico? Está chupao, mira... –Alberto fue a señalar unos números en su cuaderno, pero Ismael le interrumpió.

-No, paso, sigue...

Aquello era demasiado para él. Giró la cabeza a su derecha y llamó la atención de Julio.

-¡Psss! Julio.

-¿Qué? –le susurró éste desde su mesa.

-El Alber está haciendo los ejercicios.

-Ya, y todos, hoy parece que el profe está explicando bien, está entretenido.

-¿Entretenido? ¡No me jodas!

-Te lo juro, hasta el Javi los está haciendo.

Era verdad, hasta el chico más rebelde de la clase parecía inmerso en la tarea que siempre eludía.

-¡Joder! –se dijo a sí mismo Ismael.

Mientras todos escribían acérrimamente en sus cuadernos observó a su profesor, que, de espaldas a la clase, escribía sobre la pizarra un sin fin de números a la par que hablaba sin cesar. No se detenía a repetir nada y todos parecían entenderle. Todos menos él, claro; aunque, paulatinamente, y sorprendiéndose incluso él mismo, comenzó a comprender el galimatías que hasta hacía unos segundos le resultaba indescifrable.

-Claro... –susurró para sus adentros, y miró en derredor violentamente, para asegurarse de que nadie le hubiese oído.

<<Toc, toc>>, llamaron a la puerta.

-¿Sí? –se detuvo el maestro en su explicación.

La puerta se abrió y asomó el profesor de Inglés.

-¿Puedes salir un momento?

-Por supuesto, vosotros seguid con esto –dijo, y se marchó.

Cuando se encontraron solos, a diferencia de lo que hubiese sido normal, todos siguieron inmersos en sus tareas. Ismael no daba crédito a lo que veía.

Se quedó un instante mirando a Julio. Su pelo, que parecían briznas de hierva, le caía desordenado sobre la cara mientras escribía; los ojos verdes contraídos en un esfuerzo de comprensión y su nariz diminuta casi tocando el papel. Le fue a preguntar algo, pero en ese instante reapareció por la puerta su profesor.

-Todos fuera –comunicó-. Al recreo, tenemos una reunión urgente los profesores.

A pesar de que todos estaban enfrascados en sus ejercicios, a nadie pareció disgustar la idea, para alivio de Ismael, y en un santiamén la clase quedó vacía y todos salieron al patio, abandonando la hermética e irrespirable atmósfera de olor y calor que las cerradas ventanas no permitían escapar.

Sentados sobre la escalinata del edificio, los tres dejaban pasar el tiempo contemplando el vacío, en la inopia.

-Aquí pasa algo... –intrigó Ismael.

Entre la marabunta de chavales que jugaban por los alrededores comenzaron a destacar las altas cabezas de los profesores. Todos los maestros parecían dirigirse hacia el edificio de primaria. Como en una procesión se fueron introduciendo en el edificio, uno detrás de otro. El último en pasar fue el conserje, que giró sobre sus talones bajo el umbral de la puerta y la cerró tras él con llave.

-A lo mejor se reúnen por la junta de evaluación –aventuró Julio, ante el estremecimiento de Alberto.

-No se... –murmuró Ismael, temiendo conocer la razón de tan inesperada reunión. Sospechaba que se debiese a su pequeña travesura en el gimnasio. De no ser así ¿por qué reunirse en el edificio de primaria y no en otro?

-¿Nadie ha traído un balón...? –dijo absorto Julio, por decir algo, mientras observaba una pancarta

que habían colgado rodeando el edificio de primaria y que rezaba: ¡Fiesta fin de curso!

-No... –Ismael no miraba ni eso, en tanto la atención de Alberto se hallaba aún más diluida.

<<Trinnn, trinnn, trinnn...>>. La campana del colegio tintineó de improviso.

-¡Todos a casa! –anunció la voz de un adulto a sus espaldas.

-¡Vamos, todo el mundo a casa! –bramó otra voz, esta reconocible: la del director.

-¡Venga...!

A través del tumulto, el conserje se abrió paso desde el edificio de primaria hasta la puerta de la valla. La abrió e instó a que todo el mundo abandonara el colegio.

-¡El colegio se cierra, ya mandaremos cartas a cada casa explicando las razones...!

-¡Ale! ¡Deprisa!

-¡Vamos!

-¡¿Es que estáis sordos?! ¡Venga, a casa! Ya os mandaremos una carta.

-Coñó... –musitó en ese momento Ismael.

-9-

Antes de la hora de comer, en todas las casas se recibió una llamada telefónica que informaba de la situación del colegio: <<sí, un virus... en efecto, su hijo no podrá asistir hasta la semana que viene... sí, cuarentena, el colegio se cierra...>>

Entendiendo aquella circunstancia como unas pequeñas vacaciones, las calles fueron tomadas por los niños, que jugaban bajo el sol del incipiente verano.

Julio, Ismael y Alberto, habían quedado después de comer en la casa de este último, al pie del cerro, y jugaban frenéticamente al ordenador.

-¡Mierda! ¡Uy...!

La partida de dobles la estaban disputando en ese momento Julio y Alberto. Ismael, que esperaba impaciente su turno, entornó los ojos y preguntó:

-¿Sabéis, realmente, por qué creo que han cerrado el cole?

-¡Ah! ¡Mierda...! ¿Qué dices? –espetó rápidamente Julio.

-Ayer por la noche estuve allí.

Julio soltó el joystick mientras Alberto, inmerso aún en la competición, se ensañaba con el jugador que abandonaba.

-¿Qué? –le miró Julio atónito-. ¿Te colaste otra vez?

-Sí.

Ismael rememoró su experiencia en tanto Julio le atendía incrédulo; Alberto ni siquiera prestaba atención. Les Contó lo de los tubos, los profesores y la extraña máquina del gimnasio, cómo la activó y lo que vio en los vestuarios...

-¡Venga ya! –reaccionó Julio apuntándole con la barbilla, suspicaz.

-Te lo juro, tío.

-¿Y para qué sirve?

-¡Y yo qué sé!

-¡Ya!, y como has jodido la máquina necesitan cerrar el cole para repararla.

-¡Joder! Si no me creéis nos colamos esta noche y os la enseño.

-Yo no vuelvo, no soy tan gilipollas.

-Lo que eres es un cagao.

-No, lo que no soy es un gilipollas, ya te lo he dicho.

-Si pasamos y no está, te regalo mi balón, ¡listo!

Aquel argumento hizo callar unos segundos a Julio. El balón era bueno, de los mejores, pero ¿merecía la pena...?

-¿Tu qué crees, Alber...? –éste seguía quemándose la vista en el monitor-. ¿Nos colamos?

Alberto sólo articuló un sonido que le hizo semejarle tremendamente a un anormal.

-Lo que está claro, es que virus no hay ninguno –prosiguió Julio.

Alberto volvió a emitir el mismo ruido.

-Y de paso, si no hay nadie, quemamos el colegio –concluyó Ismael.

Julio suspiró, hastiado.

-10-

Acordaron los tres escaparse por la noche y reunirse en casa de Alberto, cuyos padres todavía se encontraban ausentes.

A las diez y media, un cuarto de hora después de haberse ido a la cama, Julio lograba escapar de su casa saliendo primero por la ventana de su habitación y luego descolgándose desde el techo del tendedero. Abrió la portezuela del patio delantero con sigilo y se alejó corriendo en dirección al monte.

Dieciocho minutos más tarde, Ismael hacía lo mismo.

Ambos, según fueron llegando, llamaron a la puerta con los nudillos y a las once en punto ya se encontraba el grupo entero reunido en el sótano.

La casa de Alberto era, de las tres, la más alejada del colegio; pero el hecho de que sus padres casi nunca estuviesen la confería una categoría especial, como si de un cuartel general se tratase.

-Según he salido, me he pasado frente al cole y he visto luces –apuntó Julio.

-Pues... esperaremos a más tarde –resolvió Ismael.

Los tres se quedaron en silencio.

-¿Echamos unos piques mientras? –entonó aburrido Julio.

-No. Está estropeado –dijo Alberto.

-¡No jodas...!

Otro silencio, éste más largo y embarazoso, cayó sobre los chicos. El encargado de romperlo fue, extrañamente, Alberto.

-¿Queréis jugar a la ouija?

-¿Eh?

Alberto se levantó de su silla y se perdió escaleras arriba.

-Nunca he... –le comentó Julio a Ismael.

-Yo sí, pero tampoco... si no hay otra cosa... ¡Mierda de ordena!

Por las escaleras que conducían al piso de arriba apareció de nuevo Alberto. De su mano izquierda colgaba el tablero de la ouija y en la mano derecha aferraba un vaso de cristal. Dejó caer el tablero en la baja mesa del centro del sótano y posó el vaso, boca abajo, sobre el cartón.

-Somos justos –dijo.

Se situaron los tres en círculo entorno a la mesa y alargaron cada uno su dedo índice, haciendo contacto con el culo del vaso volcado. Juguetearon un poco entonando ruidos fantasmales, moviendo el vaso a voluntad descaradamente, y cuando se hubieron aburrido de hacer tonterías, Alberto, como anfitrión de la velada, inició el ritual.

-¿A quién llamamos? –preguntó.

De pronto, un golpe seco retumbó en el piso de arriba. Julio e Ismael botaron en sus asientos del susto e hicieron volcar el vaso, que rodó por el tablero y de

no ser por Alberto, que lo interceptó milagrosamente, hubiese caído de la mesa y roto en mil pedazos.

-Es mi abuelo –les tranquilizó-. Ya os dije que por la noche...

-Ya... –Julio con el corazón desbocado.

Ismael, bajo un silencio sepulcral, sólo dirigió una suspicaz mirada al promotor del juego.

-¡Venga! –rompió Alberto la tensión mientras devolvía el vaso a su anterior situación, en el centro del tablero. Se le veía exultante, en su elemento-. ¿Por quién preguntamos?

Julio e Ismael se hallaban bastante asustados, aunque pretendiesen disimularlo.

-Eh... -sin saber por qué, a Ismael le vino a la cabeza la experiencia que había sufrido por la mañana: cómo había llegado tarde y cómo el nuevo conserje le había...-. Llamemos al antiguo conserje –dijo con voz temblorosa, mezcla de miedo y excitación.

-Hay que llamar a alguien muerto –aclaró Alberto.

-Sí –intervino Julio-, el antiguo conserje simplemente se fue, dicen que se largó.

-Ya... pero igual está muerto, dijeron que <<desapareció>>, no que se fuese.

-Probemos –zanjó Alberto indiferente.

Guardaron silencio, sus dedos índices apoyados sobre el vaso y los ojos cerrados.

-Queremos... –empezó Alberto usando un tono de voz grave, profundo- ¿Cómo se llamaba el conserje? –se interrumpió.

Intercambiaron las miradas. Lo ignoraban.

-Queremos... -volvió a empezar Alberto-, queremos hablar con el antiguo conserje de nuestro colegio –dijo a la vez que se encogía de hombros.

Nada, silencio absoluto. Ninguno movía un solo músculo. Parecían encontrarse dentro de un bloque de hielo, paralizados, como estatuas de cera.

De pronto el vaso comenzó a deslizarse sobre el tablero, ante la sospecha de Julio e Ismael que era el tercero en discordia quien lo movía.

Bajo la boca de cristal del vaso, las letras se fueron sucediendo formando palabras, y, al unirse éstas, frases.

-¿Qué deseáis de mí? –inquirió el espíritu.

Ismael, sin vacilar un ápice, preguntó:

-¿Cómo has muerto?

-Fue culpa de ellos –contestó.

-¿Quiénes? –se adelantó Julio a la siguiente consulta de Ismael. Comenzaban a creerse aquel siniestro juego.

-Oscura conjura en el coleg... –la comunicación se perdió al retirar los tres sus dedos del vaso. Un fuerte golpe en el piso de arriba, como el anterior, hizo estremecerse los cimientos de la casa.

-¡Joder! ¿Qué ha sido eso? –preguntó Ismael-
¿Tu abuelo?

-Sí... no le gusta que juegue a esto.

Julio e Ismael se limitaron a esperar acontecimientos.

-Mejor lo dejamos –dijo Alberto mientras recogía el vaso y el tablero y desaparecía, como una exhalación, escaleras arriba para guardarlos. Sus dos amigos esperaron en silencio. Regresó al instante.

-¿Y ahora qué hacemos? –preguntó Ismael-.
¿Miramos a ver si está vacío ya el cole?

Alberto ni parpadeó, Julio manifestó su postura encogiéndose de hombros, e Ismael se levantó de su silla y se estiró.

-¿Tienes unos prismáticos, Alber?

-Sí –contestó éste tras una pausa eterna.

-Es por no ir hasta el cole. Podemos vigilarlo desde el monte –giró sobre sus talones y señaló, a través de la ventana alargada pegada al techo, la oscura silueta del cerro perfilada por las estrellas. En ese instante, como en una película de terror, un relámpago unió el cielo con la tierra y vibró como la cuerda de un arco tras lanzar su flecha. Bramó el trueno como un león enjaulado y la luz del sótano se apagó.

-Se ha ido la luz –anunció Alberto.

-Ya –se escuchó la voz de Julio en la oscuridad.

-¡Joder! –se exasperó Ismael.

<<Traca, clonck, clunck, rass...>>, por todo el sótano, flotando por el vacío, llegaban los sonidos de alguien trasteando. <<Click>>, un rayo de luz cruzó de pared a pared la estancia. En uno de sus extremos estaba Alberto sosteniendo una linterna.

-Voy a por los prismáticos –dijo, y se esfumó.

-¿Alber? –la voz de Ismael se diluyó en la penumbra.

-Ya volverá –le sosegó Julio, en el instante en que reaparecía por las escaleras Alberto con la linterna.

-¡Ya está! –informó a su regreso.

-Pues vamos –le azuzó Ismael.

Subieron a la planta baja de la casa y cruzaron a oscuras, iluminados por la linterna, el salón en dirección a la parte trasera del chalet. Julio e Ismael, nerviosos, esperaban que de pronto, igual que un fantasma, apareciese el abuelo de Alberto; pero no había rastro alguno de él, ni siquiera se le oía, y, lo que era más extraño, Alberto tampoco se mostraba preocupado por la suerte que podría correr un desvalido anciano en aquella cerrada oscuridad.

Abrieron la puerta de cristal que daba al jardín y lo atravesaron a toda prisa. El cielo había empezado a cubrirse y unas finas gotas de agua, arrastradas por una ligera brisa, se hicieron notar al chocar contra sus caras. A la tenue luz de la noche, Julio pudo ver los prismáticos que colgaban del cuello de Alberto.

Salieron por la puerta metálica de atrás del jardín e iniciaron la subida al loma campo traviesa, eludiendo el camino que, unos metros a su izquierda, lo subía zigzagueando. Alcanzaron jadeando la cima y se sentaron exhaustos para recuperar el aliento.

Ismael, inquieto, fue el primero en reponerse y poniéndose en pie y tendiendo la mano hacia Alberto dijo:

-¡Pasa!

El alto muchacho, sentado aún, le dio los prismáticos.

-¡Mierda...! –Ismael miraba a través de las lentes-. Hay un huevo de luces; y eso que todas las casas parece que se han quedado sin luz.

La ligera brisa que habían sentido en el jardín era ahora un fuerte viento que hacía volar a su alrededor hojas, bolsas de plástico, papeles... y todo bajo una incómoda lluvia por momentos más intensa.

-Bueno... –suspiró Ismael- es ahora o nunca. Si queremos enterarnos de lo que pasa en el colegio será mejor así. ¡Vayamos a espiar!

Julio, encogido sobre una piedra, maldecía el día en que había conocido a Ismael. Estaba calado, aterido de frío y la sensación que sentía en el estómago cada vez que se avecinaban problemas era en ese instante insoportable.

-Yo... –comenzó a decir.

-¡Coño! –saltó Ismael-. ¡Se han apagado todas las luces!

Dejó de mirar por los prismáticos y se los ofreció a Julio.

-Mira, tío, parece que ahora no hay nadie.

-Yo paso –le cortó su amigo, rechazando su oferta.

-¿Qué?

-No voy, paso, nos van a pillar...

-¡Joder! ¡ya te estas cagando otra vez! ¿Pero no querías ver la máquina?

-No voy.

-¡Mierda...! –Ismael se quedó mirando en la distancia el colegio, los prismáticos colgando de la mano a la altura de su cintura, y el viento y la lluvia difuminando su delgado contorno.

-¡Bah! –resolvió tras permanecer un instante callado-. Pues quédate aquí. Alber, vamos, ¿no?

Alberto no respondió, confuso, sin saber qué decir.

-Venga –decidió Ismael por él-. Tú y yo vamos y que Julio se quede aquí, vigilando –miró de soslayo al oscuro bulto que estaba sentado a su lado-. Eso sí, ¿no? –le espetó sardónicamente.

-Vale, ¡jodé! –asomó una mano la negra figura-, mi móvil no tiene batería, dame el tuyo y os doy un toque si eso.

-¡Mierda! El mio tampoco tiene, y no hay luz para cargarlos... ¡Da igual! –le ofreció la linterna-. Si ves algo raro nos haces señas con esto, ¿vale? –dijo Ismael descendiendo la montaña junto a Alberto-. De camino pasamos por mi casa y cogemos por si acaso la gasolina... –se perdió la voz de su amigo mientras instruía a Alberto en su plan.

Sin abandonar su asiento, Julio examinó los dos objetos que descansaban sobre sus manos: los prismáticos y la linterna. Levantó los primeros y se los acomodó frente la cara, enfocó, y pudo ver, nítida a pesar de la oscuridad, la imagen del colegio. Si alguien se movía por los alrededores, sin duda lo advertiría.

Comprobó que la linterna encendía y apagaba correctamente y se dispuso, algo más tranquilo y con la sensación del estómago ahora menos intensa, a esperar.

Debieron pasar unos diez minutos antes de que dos negras figuras, una delgada y alta, y otra más baja y con un bulto a la espalda, se acercaran a la valla del colegio. Desde el monte, otra figura, esta invisible, confundida con la oscuridad, les vigilaba expectante.

No se advertía otro movimiento en el colegio mas que las dos sombras que habían saltado la valla y se lanzaban, veloces, hacia el edificio de primaria. Julio les siguió con atención hasta que la estructura obstaculizó su visión.

Por aquel entonces, Ismael y Alberto ya habían rodeado el edificio y se introducían por la ventana testigo de sus anteriores visitas.

<<Les van a pillar>>, se dijo Julio.

El viento y la lluvia ululaba y chisporroteaba a su alrededor. Fue a dejar de mirar unos segundos por los prismáticos, pero algo le sobresaltó.

-Oh... –expiró impotente- ¡mierda...!

Se levantó bruscamente y las gotas que se habían acomodado sobre sus hombros y espalda flotaron como si se acabase de zambullir en una piscina. Estuvo a punto de gritar, pero la certeza de que no le iban a escuchar le contuvo, además que podía delatar su presencia a todo el barrio, incluidas las tres sombras que acababa de ver merodeando en torno al edificio de primaria.

Recordó la linterna, que había abandonado sobre el suelo, se agachó, la recogió y la encendió y apagó frenéticamente en dirección al colegio <<chiqui, chaca, chiqui, chaca...>>

Los inescrutables espectros que había visto desaparecieron al rodear el edificio.

<<Chiqui, chaca, chiqui...>>

Avistaba nervioso a través de los prismáticos, mientras con la otra mano seguía haciendo señales luminosas.

<<No me ven>>, pensó.

Sin detenerse a sopesar sus acciones bajó la montaña, casi despeñándose, y entró en el jardín de la casa de Alberto. Lo atravesó, cruzó fugazmente el salón a oscuras, esperando no tropezarse con nada y menos con el abuelo de su amigo, y salió por la puerta principal descendiendo la escalinata de dos saltos, el último tan impreciso que tropezó y rodó por los suelos.

Se reincorporó dolorido y encontró, junto a él, el monopatín de Alberto apoyado contra la valla del patio delantero. Lo agarró, abrió la cancela y sin preocuparse por cerrarla –en ese momento recordó que no había cerrado ninguna de las puertas de la casa- se lanzó sobre el monopatín y se impulsó calle abajo, en dirección al colegio.

A su alrededor la atmósfera se vestía de un negro profundo. La tormenta había dejado sin luz la urbanización entera.

Todo el trayecto era descendente e incluso tenía que frenarse, de vez en cuando, para no salirse en algunas de las curvas de la calzada. Y de no ser porque conocía de memoria el camino, sin la ayuda de las farolas, ahora apagadas, sin duda se hubiese desnucado.

Bufaban las ruedas bajo sus pies, deslizándose a veces, mas que rodar, por la carretera mojada.

Al llegar a la altura del colegio giró y abandonó de un salto el monopatín, dejando que éste se estrellase contra el muro de cemento sobre el que se erigía la verja. Casi resbala al bajarse a tanta velocidad y a trompicones logró estabilizarse, frenándose contra los barrotes. Los aferró con ambas manos y se dispuso a escalarlos justo cuando las luces del edificio de primaria se encendían, como si las ventanas, igual que ojos, despertasen alertadas por la presencia de intrusos.

En su interior, Ismael y Alberto ya habían impregnado todos los despachos con gasolina y hecho el reguero hasta las escaleras, cuando las luces les sorprendieron. ¡Todo el edificio se había iluminado de súbito!

-¡Mierda! –Ismael tiró la lata al suelo y raudo se introdujo en uno de los despachos orientados hacia el cerro-. ¡Cabrón! –parpadeaba nervioso escudriñando la oscuridad por la ventana. Regresó junto a Alberto y casi resbaló sobre la gasolina que lubricaba el suelo-. ¡El hijo puta de Julio no nos ha avisado!

En ese momento Alberto recordó lo que Ismael le había dicho antes de separarse para rociar los despachos: <<desde tu lado ves el monte, estate atento por sí acaso>>. Y recordó, muy a su pesar, que no había echado el menor vistazo al exterior mientras impregnaba de gasolina las habitaciones.

-¿Qué ha sido eso? –bramó una voz en el piso de abajo.

-Sí, yo también lo he oído –convino otra.

Alberto se mostró presa de una inusitada vitalidad y como si estuviese poseído se arrojó corriendo hacia uno de los despachos. Ismael, que no acostumbraba a seguir a nadie, dudó un instante antes de ir tras él.

Al entrar en el despacho descubrió a Alberto forcejeando, patéticamente, con la puerta de uno de los armarios, sin conseguir abrirla. A sus espaldas sonaban secas las pisadas de alguien subiendo.

Alberto renunció al armario y se deslizó como un demente hasta la ventana; Ismael hizo lo mismo.

-¡Está muy alto! –advirtió.

La ventana daba a las pistas de deporte, en la zona de atrás del colegio.

Alberto, que en aquel momento no era capaz de escuchar más que el latido de su corazón, la abrió bruscamente y con la agilidad de un felino se subió al alfeizar.

-¡¿Qué haces, gilipollas?! –le intentó detener su amigo, pero demasiado tarde. El desesperado chico

saltó al vacío y se escuchó el golpe sordo de su cuerpo al chocar contra el suelo.

-¡Ostias! –comenzó a temblar Ismael como una hoja. Pero un ruido en el exterior le hizo volver en sí. Se estiró y mirando hacia abajo por la ventana vio cómo su amigo se alejaba corriendo.

Milagrosamente, en torno al caminito que rodeaba el edificio crecían, desprovistas de cuidado alguno, frondosas marañas de espigas que habían amortiguado su caída.

Ismael, más prudente, permaneció indeciso, inmerso en un <<me tiro, no me tiro...>>

Julio, que se había quedado inmóvil tras la encendida de las luces, discernió cómo una silueta alta y delgada avanzaba en su dirección a toda prisa. Estuvo a punto de esconderse, pero reconoció en seguida la figura de Alberto. Cuando éste llegó a su altura le preguntó:

-¿Isma?

Alberto saltó la valla con la destreza de un animal salvaje y antes que pudiese huir a la carrera Julio le enganchó por la camiseta.

-¡Alber, coño, que dónde está Isma!

El otrora torpe y desgarbado muchacho se encogió de hombros.

Ismael, aún en el despacho, decidió finalmente que prefería estar muerto antes que sus padres se enterasen de todo. Se alzó a través del marco de la

ventana y saltó con un nudo en la garganta, procurando caer sobre la tupida vegetación. El impacto fue violento y sus piernas se doblaron, chocando de costado contra el suelo.

Hecho un ovillo, recuperándose de la impresión y el dolor, aguantó un instante oculto entre las altas hiervas. Cuando creyó encontrarse repuesto de la caída y el susto y sin ninguna lesión, fue a levantarse, pero al iniciar el movimiento el suelo se abrió bajo él y sintió cómo se hundía en las mismas entrañas de la tierra. Confuso, rodó como lo haría una piedra por la ladera de una montaña, sin acertar a discernir nada en la oscuridad. Volteó sobre sí mismo golpeándose violentamente contra el suelo hasta que de pronto se detuvo sobre una superficie lisa.

Mareado y notando la quemazón de algunas heridas en codos y rodillas, captó la presencia de una débil luz iluminando los alrededores. Esperó a que su vista se acomodase mejor a ella y observó, sentado sobre el suelo, lo que le rodeaba. Había caído por unas escaleras a través de un túnel subterráneo.

Fue a darse la vuelta para explorar mejor la estancia, pero un inesperado ruido le detuvo. <<Plonck... plonck...>>, era como un eco; parecían pisadas descendiendo por las escaleras. <<Plonck, plonck, plonck...>>, las pisadas se hicieron más rápidas, estaban cerca, ¡ya no podía huir, se le echaban encima...! Súbitamente, rebotando sobre los escalones, como una pelota de goma, apareció el móvil que había llevado hasta entonces enganchado a la cintura.

Rebotó un par de veces más y fue a caer, cual ave de cetrería tras la caza, sobre la palma de la mano de su dueño.

Julio y Alberto, en el sótano en donde comenzaran su aventura, esperaban sentados a la luz de una vela, dado que aún no había luz eléctrica.

-Si sale, volverá aquí, ¿no? –dijo Julio, la mirada perdida en la llama.

Alberto no respondía. Los dos estaban empapados pero no parecían darse cuenta de esta circunstancia; sólo esperaban que Ismael consiguiese salir y llegar hasta la casa. Y lo que era casi más importante: que si le cogían, no delatase a quienes le habían ayudado.

Lentamente, en la oscuridad del sótano, la cera de la vela se fue derritiendo, muriendo poco a poco, como la esperanza de que todo saliese bien.

<<Tirirorí, tirirorí... >>, el móvil de Alberto entonó su melodía.

Alberto desenganchó el aparato de su cintura y miró la pantalla.

-Es Ismael –balbució perplejo.

-Si no tenía batería... –recordó Julio.

No lo cogieron al instante. Dudaban de la naturaleza de la llamada. ¿Sería Ismael realmente quien llamaba? y si era él...

Julio le arrebató el móvil a su amigo, que no pretendía contestar, y lo descolgó.

-¿Isma? –preguntó.

-Sí –respondió la voz de éste secamente al otro lado de la línea.

-Te... ¿te han pillado?

-No.

-Eh... ¿dónde... donde estas?

-A tu espalda.

Julio se giró, pero no vio nada.

-No...

Un relámpago, como el que iniciara la tormenta, iluminó igual que si fuese de día el monte tras la ventana alargada. Sobre la cima, a merced de las inclemencias del tiempo, Julio pudo distinguir, erguida, la figura de Ismael.

-11-

Desde la cumbre del cerro, cual rey oteando su feudo, Ismael apagó su móvil y se lo enganchó a la cintura. Dejó que el viento y la lluvia chocasen contra su cuerpo y esperó, los ojos entornados, desafiantes, a que sus dos amigos ascendiesen por la ladera hasta donde él se encontraba. Febril, parecía haber olvidado la supuesta traición de Julio, quien no les había avisado desde el cerro con la linterna.

-Seguidme –les instó solemne, orgulloso.

-¿Qué...? –Julio jadeaba, reventado por la subida.

-Ya veréis –les cortó Ismael con un movimiento de su mano.

Bajo la tormenta, sobre el suelo embarrado, avanzaron Ismael en cabeza hasta el mismo centro de la explanada que coronaba el cerro.

Allí, casi oculta entre la maleza azotada por el viento, se toparon con algo de cuya existencia ya tenían noticia: una tapa de alcantarilla.

Julio recordaba haber intentado abrirla en otro tiempo, al igual que cualquier chaval que hubiese jugado por la zona. Le vinieron a la mente las fútiles intenciones, en compañía de sus dos amigos, de levantar el disco de acero. Habían usado las manos, hierros, palos para hacer palanca... pero sin ningún

resultado y sin mayor fin que el de levantarla. En verdad, jamás les había intrigado qué es lo que pudiera haber más abajo; las cloacas o algo así, suponían.

Pero esta vez era distinta; la tapa ya estaba abierta como la escotilla de un submarino, volcada sobre la hierva.

Ismael encendió una diminuta linterna del tamaño de la palma de su mano y alumbró en dirección al oscuro agujero.

-Ya veréis dónde he encontrado esto –dijo golpeando con el pulgar la pequeña linterna, y avanzó hasta el negro orificio. Se arrodilló e introduciéndose en él empezó a bajar amarrándose a una escalerilla.

Sus amigos le imitaron, y tras descender verticalmente unos tres metros se encontraron en un túnel. Era igual, pensó Julio, a las cloacas que salían en reportajes de televisión: con gruesos tubos ceñidos a las paredes de piedra mohosa y un canal en el centro del suelo por el que discurrían las aguas.

-Por aquí –dijo Ismael alumbrando la oscura garganta del túnel.

La luz de la pequeña linterna no era suficientemente potente como para caminar despreocupados, y eran muchas las zonas que se escondían en la oscuridad confiriendo al entorno un aspecto tétrico, siniestro.

-Isma... tu móvil no tenía batería...

-Calla... esto era... –Ismael se había detenido ante una bifurcación. El túnel se abría en <<Y>>-. Por aquí.

Siguieron caminando, despacio, en silencio, acompañados por el eco de sus pisadas.

Así pasaron los minutos, uno tras otro, lentos como su mudo peregrinar.

-Isma...

-Ya llegamos... calla...

-Espero que sepas...

-Lo sé... esperad un momento... por aquí, sí, por aquí...

Perdida la noción del tiempo, cansados Julio y Alberto de las intrigas de su amigo, la linterna iluminó lo que parecía el final del túnel y el principio de una cámara subterránea.

-¡Tachán! –alzó los brazos Ismael al entrar en la estancia. Sus amigos pasaron tras él.

Se trataba de una habitación -más que una habitación parecía un ensanche del túnel, que continuaba más adelante- tenuemente iluminada por una bombilla que colgaba, rudimentariamente, de un cable del techo.

En una esquina, pegada contra la húmeda pared, se encontraba una mesa rectangular, igual a la que usan los profesores en las aulas, y sobre la mesa, encendido, un ordenador. Ismael se acercó a él y agarró el ratón electrónico que estaba junto al teclado.

Un raído taburete de madera había sido empujado bajo la mesa, pero no lo sacaron, prefirieron estar de pie.

-Aquí es donde encontré esto, pelma –le indicó a Julio con la barbilla un pequeño objeto también

sobre la mesa. Era un móvil con la tapa abierta al que le habían quitado la batería-. Es flipante –se maravillaba Ismael moviendo el puntero por el monitor que había ante él-. Mirad esto.

Julio y Alberto se acercaron, todos los sentidos alerta, hasta poder leer lo que ponía en la pantalla.

-Llegué aquí – empezó su explicación-, tras caer por esas escaleras –señaló el empinado túnel por el que había rodado.

Julio y Alberto repararon entonces en la presencia de un estrecho socavón –sin duda no formaba parte del diseño original de la sala- abierto toscamente en la pared; desde la boca del agujero unas escaleras de irregulares peldaños ascendían abruptamente hacia el exterior.

Descendiendo a saltitos por ellas, un reguero de agua llegaba hasta el suelo y se arrastraba hasta el canal que atravesaba la habitación. Parecía seguir lloviendo a mares en el exterior

-Y... me pose mirar los... –continuó-. Estaba encendido ya, como si lo hubiesen... como si se hubiesen olvidado de apagarlo o pensasen volver pronto... y nunca regresaron... ¡buah! Que me puse a mirar los últimos ficheros abiertos y encontré éste de texto: <<pinchito.doc>>. ¡Acojonante, tios!

Los tres recordaron que esa palabra: <<pinchito>>, era como se solía dirigir el antiguo conserje a las niñas para reírse de ellas y escandalizarlas; pues no era sólo lo que decía, sino cómo lo decía.

Julio leyó brevemente en la pantalla y señaló con el dedo el monitor.

-Sube el éste para ver la primera página.

-Ya me lo he leído yo, ahora mirad esto –Ismael arrastró el cursor, cerró el reproductor de texto y pinchó dos veces sobre un archivo.

Julio acercó la cara para ver de qué se trataba: <<mapa.jpg>>

-Éste también había sido abierto hace poco – dijo Ismael-. Los demás que también abrió hacía poco son tías en pelotas y...

El disco duro del ordenador ronroneó al cargar el archivo y apareció unos segundos más tarde una imagen en la pantalla. Julio la reconoció enseguida, pues él mismo había dibujado, hacía una par de días, algo semejante. Era una mapa del colegio: planta baja, alta y sótano.

-Es un mapa del cole –corroboró Ismael, con una pequeña sonrisa en los labios-. ¡La polla...!

-¿Pero de quien es...? –empezó a preguntar Julio.

-Del antiguo conserje –respondió su amigo sin rodeos.

-¿Cómo?

-Cágate, chaval, ese pive estaba loco, je, je, je – Ismael hizo gala de una risita cínica, la misma que sus dos amigos solían escuchar cada vez que éste hacía referencia a algún tema escabroso y de mal gusto-. El texto ése era como su diario, o algo así: su plan. ¡Qué pive! ¡Pretendía volar el cole, chaval!

-¿Qué dices?

-Ya ves, ¡bumba! Qué cojones.

-A ver, déjame leerlo...

-Estaba pirao, pero tampoco... ¡joder! Puede que tuviese razón. El tío cuenta cosas raras... pero no tan raras, tío. Yo he visto la máquina del sótano.

-Vete al grano, ¡coño!, Isma.

-Je, je, je. Chaval, para cagarse. El conserje cuenta que hay una movida en el cole para conquistar –Ismael se agarró con ambas manos la entrepierna y prosiguió- ¡el mundo!

-¡Venga!

-Dice que la máquina que yo vi en el gimnasio, esa que os conté, sirve para chupar... ¿cómo era...? <<aprendizaje>> o algo así, es como una aspiradora que chupa esa cosa rara y la guarda.

-¿Para qué?

-¡Joder Julio, para ya un rato!, ya voy... el caso es que eso lo utilizarán para hacer a un tío la ostia de listo... bueno, más que listo, lo que hace es que el tío aprende con una facilidad de cojones. Y ése es el <<plan maestro>>, eso que ponía en el papelito: coger a un tío y hacerle que estudie tanto que se haga el más listo del mundo.

-Y que sea su líder, ¿no?

Ismael le miró con desaprobación al verse interrumpido de nuevo.

-Sí.

Julio desvió su atención hacia la pantalla del ordenador, donde aún estaba el mapa.

-¿Qué pone...? –alargó el cuello y estudió más de cerca el dibujo-. ¡Jodé!, lo tiene todo con notas. Despacho de... ¡espera! ¿Qué es esto? Entrada secreta... –se detuvo un instante, pensativo, recelando; demasiado fácil, demasiado obvio-. Aquí pone que hay una entrada secreta por los baños.

Ismael y Alberto se unieron a la lectura.

-Sí –sentenció Ismael, como confirmando una sospecha-. Por ahí pasaría.

-¿Eh?

-Ya os he dicho que el tío quería volar el cole.

-¡Mierda! –exclamó de pronto Alberto, que hacía una eternidad que no pronunciaba palabra-. ¡Mandarían los profes en el mundo!

-Sí... –dijo Ismael mientras cerraba el mapa de la pantalla y abría de nuevo el archivo <<pinchito.doc>>-. Pone algo así como que dicen que no se reconoce su trabajo... y como están picaos, pues...

En ese instante Julio le arrebató el ratón a su amigo y se puso a investigar, por su cuenta, el documento.

-¡Joder! Leelo, ¡jala! Qué pive... –se quejó Ismael. Julio le ignoró.

Fue escudriñando página por página, saltándose todo aquello de lo que ya le había hablado Ismael. <<Diabólica máquina... plan para gobernar el mundo... absorción de aprendizaje...>>. Fijó la parte que hablaba del aprendizaje y la leyó un poco más pausado:

<<...dado que el APREDIZAJE es una sustancia de naturaleza etérea pero acumulable, como la electricidad, y al desarrollarse el proceso de asimilación de datos, todo ser vivo produce y segrega de forma natural APRENDIZAJE. Éste, al igual que el sudor, es expulsado a través de los poros de la piel, y más concretamente por los de la zona de la cabeza, pasando a continuación al aire, en donde permanece en forma residual un periodo de tiempo equivalente a una semana, su ciclo vital...>>.

Julio bajó el cursor y llegó hasta las últimas páginas: <<...dado que el APRENDIZAJE es sumamente volátil e inestable. Así pues, si, como es mi deseo, pretendo poner fin a estos oscuros planes, he de regresar para recolocar la bomba junto a la máquina, que, rebosante de esta sustancia, causará tamaño deflagración que arrasará con el colegio y los satánicos conspiradores, dado que la haré explotar una noche en la que se congreguen. Reconozco que me precipité, pues al enterarme de la

siniestra conjura no pude reprimir mi primer impulso: destruir el colegio. Fue más tarde, como ya he dicho, cuando comprendí que había errado en mi objetivo al colocar la bomba oculta en una de las clases, pues con eso sólo destruiría el colegio y no aquello que representa el verdadero peligro: LA MÁQUINA. Mientras esta taimada conservadora de APRENDIZAJE siga funcionando, el plan maestro podría seguir su curso...>>.

Esta vez descendió hasta el final del texto y leyó lo último que había escrito el conserje: <<...por esta razón me consagro por segunda vez a la suerte y me encamino a recolocar la bomba. Sólo dispongo de ésta y el fabricar otra me ocuparía demasiado tiempo, quizá más del que el plan maestro requiera para llevar a cabo sus propósitos. Sé que nadie la ha descubierto, dado que posee un mecanismo de autodestrucción que se activa al manipularla, y que sólo yo conozco la forma de sortear. De haber sido descubierta, el temporizador la hubiese hecho estallar dos minutos más tarde>>

Nada más, el escrito concluía.

Esta última parte la había leído los tres, incluso Alberto, y permanecieron largo tiempo antes que ninguno arrancara a hablar.

-Espera... –dijo Julio con aire suspicaz-. Si lo que el tío pretendía era recolocar la bomba, y sólo él sabía cómo desactivarla para que nadie la tocara...

-¿Qué? –se encogió de hombros Ismael.

-Que igual la bomba sigue en el colegio.

-¿Cómo? ¿Qué le mataron antes de que la recolocase...? por que el tío esta muerto, ¿no? –miro a Alberto como diciendo: <<no fuiste tú quien movió el vaso, ¿verdad?>>. El aludido ni se inmutó.

-Pues sí. Y si la bomba sigue allí, podríamos encontrarla y con solo tocarla activarla...

-Joder con el que no quería quemar el cole...

-¡Buah! Que paso de que los profes controlen el mundo entero.

-Pero... eso sólo destruiría el cole, no la máquina –apuntó Alberto.

Ismael le miró con una risita cínica dibujada en los labios.

-Joder con el Alber, últimamente estas sembrao, hasta le vi resolviendo los ejercicios... –se giró hacia Julio con el dedo apuntando a Alberto-, ¡espera! ¡Coño! que vas tú ha... –le dedicó un guiño a Julio y se volvió de nuevo hacia su otro amigo-. ¡Claro! Como yo solté de la máquina todo ese <<aprendizaje>> hasta el más ton... –se frenó, sintiendo que estaba siendo, incluso para ser él, demasiado cruel-, hasta el más

vago... ¡claro! porque estaba el aire cargado de eso. ¡Ostías!

Julio chasqueó los dedos y enlazó con los comentarios de su amigo.

-Por eso las ventanas están siempre cerradas... para retener eso y luego aspirarlo... ¡Los cojones que no se va a destruir la máquina! Justo por eso, ¡es verdad!, ya lo habéis leído: <<el aprendizaje es que te cagas de volátil>> ¡Todo el cole está lleno ahora de <<aprendizaje>>! Si la bomba explota en el aula, el <<aprendizaje>> será como el chorro de gasolina que tú querías hacer en los despachos.

-Que hicimos –le atajó Ismael, recordándole que no había querido participar en la última incursión y que habían tenido que ir solos Alberto y él.

-Bueno... sí, eso, que hará de mecha hasta llegar a la puta máquina.

-Sí, je, je, je, ¡la ostia!

-¿Y dónde está la bomba? –replicó Alberto, interrumpiendo la euforia colectiva.

-¡Jodé, es verdad! –Julio se mordió el labio inferior-. No vamos a encontrarla así como así. ¿Y en el diario no pone nada...?

Julio posó su mano sobre el ratón y empezó a investigar el texto. Ismael, que ya lo había leído –una de las pocas cosas que en sus doce años de vida le había llamado la atención como para leerla-, negaba con la cabeza en silencio.

-¿Y si se lo preguntamos? –propuso Alberto con un hilillo de voz.

Julio dejó de leer e Ismael de mover la cabeza.

-¿Volver a tu casa a lo de la ouija? –preguntó Julio sin volverse.

-No, mi abuelo se cabrearía más, mejor le invocamos aquí.

-¿Cómo? –inquirió Ismael.

-Puedo traer su espíritu... lo malo es que luego no se va.

Alberto miró a sus dos amigos, tímidamente, estudiando su reacción, esperando el permiso de ambos.

-Sólo necesito algo de su cuerpo... –les explicó lentamente, inseguro de sí.

-Por mí vale –se pronunció Ismael-. Tráelo y que se quede ¡pf! No era mal tío; además, también él quería joder el cole.

Ismael y Alberto se volvieron hacia Julio, que a pesar de darles la espalda, su vista fija en el monitor, podía sentir cómo le miraban.

-Fff... –suspiró-, si encontráis algo de su cuerpo...

-Oh –expiró desalentado Ismael.

-Esto sirve –dijo Alberto señalando algo que estaba sobre la mesa, a la izquierda del teclado.

Julio, volcado sobre la mesa, la cara pegada al monitor, bajó la vista y descubrió a qué se refería: un pelo negro, grueso, corto y rizado.

-Pilladlo vosotros que sois los interesados –replicó con un mohín de asco.

Alberto alargó la mano y lo prendió entre el índice y el pulgar.

-Yo te invoco –comenzó sin más preámbulos, sujetando el pelo a la altura de su cara-, reclamo tu presencia en este mundo -la misma voz profunda que utilizara con la ouija-, ven a mí, oh, espíritu –se quedó mudo, la mano aferrando el pelo hasta que lo acercó a su boca que abrió, y se lo tragó.

Sus dos amigos le miraron con los ojos abiertos de par en par.

-¡Joder Alber...! –dijo Ismael con una mezcla de risa y asco dibujado en la cara.

-Yo que ni lo tocaría... –Julio no se libraba de su asombro -¡Jodé...! Bueno, ¿ya?

-Sí.

-¿Y? –se impacientó Ismael.

Alberto acentuó su ovalado rostro, expresando así una falta de conocimiento.

-Yo lo he llamado –se justificó-, pero parece que aquí no está. Aparecen cuando quieren y donde quieren...

-A lo mejor no le has llamado bien –le planteó Ismael sin demostrar ningún tipo de emoción, ignorando la forma de comportarse en tan insólita situación.

-Sí... estoy seguro, lo he hecho bien. Lo he hecho igual que con mi abuelo.

<<-El caso es que no tiene que ser tan difícil encontrar una bomba en las clases -había pensado Julio en voz alta-. No será una cosa pequeña y por huevos estará en nuestro edificio, donde está la máquina...

-Yo le echo huevos y voy a buscarla -se había lanzado Ismael, seguramente impulsado, había pensado Julio, por su afán de cargarse el colegio.

Así, sin saber por qué, habían ascendido las escaleras por las que cayó rodando Ismael cuando descubrió el escondrijo del conserje, y rehusando prestar mucha atención a las fatales consecuencias, se encontraron los tres a oscuras, en silencio, escondidos en los lavabos.

Habían usado la entrada secreta, que resultó ser una rejilla de ventilación, por la cual tuvieron que pasar a gatas de uno en uno>>.

-¡Con dos cojones! -susurró Ismael a sus amigos. Luego comenzó a descalzarse.

-¿Qué haces? -le interrogó extrañado Julio.

-Es para no hacer ruido, lo vi en una peli... ya las cogeré cuando volvamos -apartó las zapatillas con el pie abandonándolas junto a la pared. Julio y Alberto le imitaron.

Afuera seguía lloviendo y el chapoteo que inundaba todo el colegio ayudaría también a camuflar sus pasos.

Ismael entreabrió la puerta que daba al pasillo y se asomó con cautela.

-Nadie por aquí, vamos.

Salieron los tres de puntillas y vieron, casi ocultos en la oscuridad, cómo los cinco tentáculos de la máquina salían del gimnasio. Tres de ellos se perdían por las clases del piso en donde estaban y dos subían por las escaleras hasta el de arriba. Entre el murmullo del agua al caer se escuchaba, confuso, el zumbido de la máquina.

-Buscaremos en las que no estén limpiando -indicó Ismael-. Yo iré a las de arriba y vosotros mirad aquí abajo -y salió disparado, subiendo las escaleras como una sombra más en la noche.

Julio y Alberto titubearon y luego avanzaron por el pasillo, pegados a la pared, fundiéndose con el muro.

Las dos primeras clases que se encontraron, una a cada lado, estaban ocupadas por sendos profesores entregados a su tarea de aspirar <<aprendizaje>>. Sortearon a gatas los tubos que se adentraban en las aulas y avanzaron otra vez de puntillas, hasta toparse con otras dos clases, estas vacías; el tercer tubo se alejaba perdiéndose por el pasillo. Julio le señaló a Alberto una de las puertas y él se metió en la otra.

Con el corazón desbocado, vio a través de las ventanas la torrencial lluvia chocando contra los

cristales. Un lejano rayo iluminó con tonos pálidos las mesas. Indagó circunspecto el sitio e intentó enfocar el fondo del aula; demasiado oscuro, pero pudo imaginárselo, dado que era el lugar en donde él se sentaba. Sopesó unos segundos por dónde empezar y decidió hacerlo por la mesa del profesor. Se acercó y comenzó a inspeccionarla; por arriba, por abajo, abriendo los cajones...

Mientras, Ismael ya había terminado de rastrear una de las clases en el piso de arriba y salía, casi sin preocuparse de no hacer ruido a causa de la lluvia, al pasillo.

Sin darle tiempo a reaccionar, una mano cayó sobre su hombro derecho helándole la sangre. Por el rabillo del ojo vislumbró una sombra mucho más alta y corpulenta que él. Instintivamente se agachó, se zafó del agarrón y huyó corriendo para esconderse en uno de los despachos. En la oscuridad del edificio dudaba si la sombra le habría visto ocultarse allí. De todos modos, no tardaría en encontrarle.

Comprobó que los armarios estaban cerrados y resignado se dirigió, rememorando su última aventura junto a Alberto, hacia la ventana. La abrió y su agudo chirrido le hizo hundir la cabeza entre los hombros. Se volvió temeroso de haberse delatado y confirmó que así era; en la puerta había aparecido la negra figura y le estudiaba en silencio. Se asomó por la ventana para examinar el suelo del patio y descubrió con desánimo

que el despacho estaba orientado contra un patio de cemento.

El oscuro espectro avanzó en su dirección. Presa del pánico se subió al alfeizar y encontró, colgada del tejado, sobre su cabeza y a su alcance, la pancarta que anunciaba la fiesta fin de curso. Se estiró dando la espalda a la fachada, cara al exterior, y enganchó con todas sus fuerzas la tela, e imitando el movimiento de los monos al pasar de en rama en rama se columpió, para asirse con la otra mano. Bien asegurado, se elevó ágilmente hasta encumbrar el edificio. Desde la ventana, un brazo se alargó inútilmente para intentar capturarlo.

Ya sobre el tejado, golpeado por la lluvia, descalzo y con los calcetines empapados, y un viento caprichoso que era ahora inclemente, se encorvó y lo ascendió teniendo cuidado de no resbalar sobre las mojadas tejas. Llegó hasta la parte más alta y se dispuso a bajar por el otro lado, con el objetivo de descolgarse e intentar introducirse por la ventana de otro despacho. Pero justo cuando atravesó la mediana del tejado resbaló y sentado de culo comenzó a patinar cuesta abajo. El agua cegándole, se precipitó por el borde del tejado braceando desesperadamente. In extremis, su mano aferró algo de lo que se quedó colgando. Entornó los ojos a causa de la lluvia y el dolor y adivinó, a través de la película de agua que le cegaba, que estaba agarrado a la pancarta que como una cinta para la cabeza rodeaba todo el edificio.

Sin embargo, la tela pintada comenzó a soltarse debido a su peso. <<¡Ras, rass, rassss...!>>, la pancarta se fue desgarrando y soltando de sus anclajes; pero con tal fortuna, que lo hizo lo suficientemente despacio, como para dejar a Ismael suavemente sobre el suelo, justo antes de caerse por entero como un pantalón mal ceñido.

Dando gracias a su suerte, respiró aliviado, los pies en tierra, en el momento en que otra mano, esta con más fuerza que la anterior, le sujetaba por el hombro.

Alberto, por su parte, intentaba ver en la oscuridad la clase sin apenas separarse del marco de la puerta. Había visto caer la pancarta a través de la ventana y aún no había decidido cómo reaccionar. Entonces, una negra figura desfiló tras los cristales, bajo la lluvia. Parecía empujar a otra más baja que avanzaba a trompicones, resistiéndose. Exhaló un pequeño gemido debido al susto. La cabeza le empezó a palpar al ritmo de la lluvia y decidió salir corriendo, abandonar el colegio a la carrera y no volver nunca más.

Se giró de un salto y atravesó cegado por el miedo el umbral de la puerta, derrapó al enfilarse el pasillo y corrió lo más rápido que pudo hasta que tropezó con uno de los tubos y calló de bruces, patinó con el pecho y chocó de frente contra algo; los dedos de los pies, descalzos, se le agarrotaron por el dolor. Trató de levantarse, pero fue incapaz; las palpitaciones

de su cabeza desaparecieron y en su lugar sintió como si un rayo le atravesase. Se orinó encima del miedo y perdió el control de su cuerpo, ahora convulso. De rodillas, frente a las largas y fuertes piernas del director del colegio, Alberto se desmayó.

Julio, que había visto caer la pancarta y oído a alguien correr por los pasillos, decidió, al igual que Alberto, marcharse lo antes posible de allí. No había encontrado nada y no pensaba seguir buscando, era demasiado arriesgado.

Hacía ya bastante tiempo que había abandonado la posición erguida y se movía por toda la clase a gatas, y así, a cuatro patas, por debajo del nivel de las mesas, se deslizó hasta la ventana más próxima resuelto a salir por ella. Se enderezó lentamente y fue a soltar el pestillo cuando, cerca de él, un ruido le detuvo.

El corazón en un puño, identificó primero de dónde provenía: de la mesa del profesor. Suavemente, giró la cabeza y enfocó en la oscuridad el lugar de su procedencia. Iluminado por la mortecina luz que entraba por una ventana y sobre la mesa del profesor, giraba como la aguja de una brújula, sin que nadie lo moviese, un bolígrafo. El objeto se paró y avanzó, solo, deslizándose por el escritorio, hasta detenerse al borde de la mesa, apuntando contra una de las paredes de la clase.

Aun que ese lado del aula permanecía oculto entre las sombras, Julio conocía lo que allí había: los

armarios. Y fue allí, en la pared opuesta a la que él se encontraba, donde empezó a sonar otro casi imperceptible ruidillo.

Confuso, asustado, y sintiéndose en aquel momento helado –sobre todo los pies-, abandonó la ventana y caminó, la mirada fija en las tinieblas donde estaban los armarios, sin agacharse, hasta pararse a menos de un metro de las puertas de madera; espero a que su vista se acomodara a la oscuridad.

Recordaba que esos armarios no habían sido abiertos nunca en lo que llevaban de curso y que siempre habían permanecido cerrados.

<<Clinck>>, un golpecito metálico sonó a sus pies; no encontró nada.

<<Criclinquin...>> como campanillas, escuchó un tintineo que se arrastraba por el suelo. Se agachó y vio salir, por debajo de las puertas del armario, como si tuviese vida propia, un llavero plateado. Lo cogió sin vacilar y lo examinó. Colgando de él había tres llaves. Instintivamente eligió la más larga de todas y la introdujo en la cerradura del armario. La giró y sintió chascar el cerrojo con tal fuerza que debió sonar en todo el edificio igual que un trueno.

<<¡Chas!>>, la luz de la clase se encendió entonces. Antes de que el último tubo fluorescente dejase de parpadear Julio ya había identificado en la puerta la imagen del director, y agarrado por éste con fuerza por el cuello de la camiseta, colgando inerte, el cuerpo de Alberto.

Sin cruzar palabra alguna los dos se miraron en tanto Julio retrocedía de espaldas, en dirección a las ventanas. Ninguno de ellos se percató que la puerta del armario vencía lentamente, con sigilo. Cuando se hubo abierto del todo y chocó contra la pared los dos pegaron un bote. Perplejo, si inmutarse, Julio descubrió lo que había oculto en el armario; el director, desde su posición, no podía verlo.

Se trataba del antiguo conserje. Estaba muerto pero se mantenía de pie. Un enorme y obeso cuerpo, piel blanquecina y los ojos sin brillo apuntando al vacío.

<<Debió de haberse escondido allí y quedó encerrado>>, pensó Julio, que en ese instante se acordó de la bomba, al ver que la grotesca figura, sujetando con ambas manos, a la altura de su pecho, aferraba un paquete del tamaño de una caja de zapatos.

El cadáver se tambaleó, inestable, pareció perder definitivamente el equilibrio, y se derrumbó de cara sobre el suelo de la clase, a los pies del muchacho, aplastando el paquete bajo su inmenso cuerpo.

<<Bip, bip, bip...>>, un pitido intermitente empezó a escapar de debajo del muerto, como el que emiten las máquinas de los hospitales con cada pulsación del paciente. En la puerta, alertados por el ruido, aparecieron dos profesores más, uno de ellos el tutor de los tres, el otro era el de inglés.

-Cogedle –les ordenó el director.

Ambos se abalanzaron sobre el chico, que no tuvo tiempo de reaccionar.

-¡Es una bomba! –gritó Julio intentando zafarse de las presas que le hacían.

-¿Qué dices, niño? –increpó intrigado el director.

Sus dos captores aguardaron la respuesta sujetándole firmemente.

-Es una bomba y se acaba de activar...

El director dejó de mirar a Julio y dirigió su vista hacia el cadáver, después de nuevo al muchacho y otra vez hacia el cuerpo inerte.

-¡Tiradla fuera! ¡Esto está lleno de aprendizaje!

Uno de los que mantenían inmóvil a Julio, su profesor de inglés, le soltó y se acercó al muerto, le dio la vuelta –enrojeciendo del esfuerzo- e intentó quitarle la bomba de las manos.

-¡Cagüen la...! ¡No puedo soltársela!

-¡Tiradle a él entero si hace falta! ¡Sacadlo de aquí!

-¡¿Está loco?! Este hombre debe pesar más de ciento cuarenta kilos...

Otro profesor apareció en la puerta, era el de gimnasia y llevaba agarrado a Ismael por el cogote.

-¿Qué pasa?

-Hay una bomba –le puso al tanto el director en el momento en que Alberto, aturdido, recobraba el conocimiento colgando de su brazo.

-¿Cuánto tiempo...?

-Dos minutos –contestó Julio con un hilillo de voz, sin saber qué temer más, si a los profesores o a la bomba.

-¡La madre...! tardaríamos demasiado en sacarle –se lamentó irritado el profesor de gimnasia en tanto apretaba con mayor ahínco el cuello de Ismael-. ¡Todos abajo, al gimnasio! ¡Hay aprendizaje por todas partes!

Julio, Ismael y Alberto fueron arrastrados con virulencia fuera de la clase. Las linternas de los profesores bailando por todo el pasillo, corriendo sin control.

Una quinta persona, el nuevo conserje, bajó a toda prisa desde el piso de arriba y siguió bajando en dirección al sótano. Los otros cuatro adultos, entre los que se contaban el director, el profesor de gimnasia, su tutor y el profesor de inglés avanzaron a gran velocidad hasta alcanzar la enrejada puerta, en donde empezaban las escaleras hacia el sótano.

Pasó primero el profesor de inglés, que no llevaba agarrado a ninguno de los tres chicos y justo cuando lo iba a hacer su tutor, que arrastraba a Julio aferrándolo como un grillete a su muñeca, la puerta de malla metálica se abatió inexplicablemente sola impactándole en la cara y dejándole aturdido. Julio, liberado, corrió en dirección a la puerta principal, que ahora estaba abierta.

En un intento por capturarlo, el profesor de gimnasia soltó su linterna y pretendió engancharle. La punta de sus dedos lograron asirse al cuello de la

camiseta de Julio, pero perdió el equilibrio a causa del tirón y cayó de espaldas encima del director. En la confusión, Ismael y Alberto se encontraron libres también y echaron a correr tras su amigo, que ya bajaba a saltos la escalinata de la entrada.

Sin respirar siquiera, sin sentir el torrencial aguacero que se cernía sobre sus cuerpos y avanzando como si sus ojos pudieran penetrar entre los negros cortinajes de la noche, sus piernas les impulsaron a través del patio en una loca y desenfrenada carrera. Miró Julio entonces atrás pero no vio que nadie más, excepto sus dos amigos, le siguiesen.

Sin aliento, se abalanzó contra la valla y aspiró una angustiada bocanada de aire. Aferró los fríos barrotes y los saltó seguido de sus amigos. Cayeron al otro lado sobre un enorme charco, que les recordó que estaban descalzos, pero no les importó.

A lo lejos, en la puerta del edificio de primaria, vislumbraron dos linternas rastreando los alrededores, como los ojos de un caracol palpando el terreno, y luego desaparecer en el interior del edificio.

Pasaron unos cinco segundos, los tres una sombra más en la noche, bajo la lluvia, calados hasta los huesos, antes de que un refulgente flash de cegadora luz, un estruendo colosal y una sucesión de explosiones en cadena hicieran volar por los aires hasta la última piedra del edificio, que quedó envuelto en una gigantesca nube de humo, como una monstruosa pelusa que se fue hinchando igual que una esponja bajo la lluvia, engullendo todo el colegio.

Avanzó devorando la noche y llegó hasta ellos, los ojos desorbitados, atravesándoles y abandonándoles en medio de unas tinieblas de polvo y arena.

Por la mañana, el sol asomando entre las agotadas nubes de tormenta, se agolpaban contra las vallas del colegio centenares de curiosos.

Coches de policía, de bomberos, furgonetas de la televisión... repartían luces parpadeantes, chorros de agua y flashes a partes iguales por la zona. Los manguerazos eran lanzados en arco desde fuera del colegio; nadie pasaba, ni los policías, ni los bomberos, ni los reporteros, que eran frenados por estos mismo hombres de rojo y azul.

Misteriosamente, ninguna de las uniformadas figuras intentó traspasar la frontera que establecía la hilera de barrotes metálicos.

Desde fuera, al otro lado de la carretera, expectantes, los más madrugadores y a quienes en plena noche desveló el estrépito observaban pasmados y aturridos los restos mortales de colegio. Apenas quedaban un montón de escombros donde se había erigido el edificio de primaria, y los demás: el edificio de infantil, la guardería... dejaban descubiertos, como las costillas de un animal devorado por las alimañas, apuntando al cielo, sus pilares desnudos, anclados a la tierra junto a solitarios pedazos de fachada carcomida.

Impregnado de un tono agrisado todo estaba cubierto, como con un manto de seda, por una gruesa capa de polvo.

Nadie supo nunca de la suerte que pudieron correr el director del colegio, el conserje, y tres de los profesores que allí impartían clase de los que, misteriosamente, se perdió la pista, ni se descubrió

qué ni quién provocó tan fatal acontecimiento (extrañamente, tampoco pareció que se hiciesen muchos esfuerzos por aclarar estos dos puntos). Ni se reconstruyó jamás el colegio, no se sabe por qué razón; pero algunos dicen que a veces, cuando la noche es muy cerrada, se pueden ver luces que escapan desde el suelo, a través de los escombros, dibujando en el aire lo que antes era el edificio de primaria. Dicen que son las almas de los profesores que desaparecieron; que como parte del colegio, murieron con él.

Por otro lado, como no hubo manera de evaluar a los alumnos, todos ellos promocionaron automáticamente de curso; y Julio, Ismael y Alberto, pasaron de la Educación Primaria a la E.S.O., que se impartía en un instituto cercano.

APÉNDICE

Y así fue como los tres logramos abandonar la escuela y superar esta etapa (no contaré cómo volvimos a nuestras casas empapados, exhaustos, doloridos... y cómo conseguimos que no notaran nuestra ausencia en toda la noche y qué historias inventamos para justificar la desaparición de nuestras zapatillas)

En el instituto, Alberto se fue a las primeras de cambio e Ismael, tras conseguir terminar la E.S.O. a trancas y barrancas, no tardó en seguirle. Quizá de haberse aplicado un poco más hubiera conseguido sacarse el Bachillerato., o quizá si hubiese hecho uso de otros métodos...

Yo, por mi parte, tras un tortuoso peregrinaje, he logrado llegar a la universidad y es aquí, en la biblioteca de la facultad de Educación, en la cual estudio magisterio de primaria, donde escribo ahora, con un sentimiento de nostalgia e incredulidad, las aventuras que corrí junto a estos dos personajes a los que no he vuelto a ver.

¿Por qué quiero ser profesor? No lo sé, o tal vez sí; lo más seguro es que aún me intrigue la suerte que pudieron correr la cinco personas que aquella noche recolectaban <<aprendizaje>>. No sé si sobrevivieron (ahora me doy cuenta de la magnitud de nuestra

acción), y si lo hicieron, si siguen allí entre las ruinas del colegio al que ni los niños se acercan a jugar, ocultos en el subsuelo, dentro del gimnasio. De ser así, espero enterarme si llego a ser profesor, pues es muy golosa la posibilidad de participar en una conjura para dominar el mundo.

Pero en otro orden de circunstancias, y mientras cedo tiempo al tiempo, disfruto ahora, una sonrisa según redacto esto, de haber conseguido el objetivo que, hace ya una década, perseguimos: pasar al instituto. Arriesgamos mucho, y puede que yo, como no se cansó de repetirme Ismael hasta que perdí el contacto con él, lo hiciese innecesariamente, ya que habría pasado de todas formas.

¿Que qué aprendimos? Supongo que nada bueno; a lo mejor que no hace falta estudiar mucho para sacarse la Educación Primaria, o tal vez que una alta concentración de <<aprendizaje>> resulta sumamente volátil e inestable. No lo sé, sinceramente, no lo sé... Sólo sé que fuimos malos, pero no los malos.